EL MUNDO HERIDO ES NUESTRA CASA COMÚN

Nuestro Mundo Herido es Nuestra Casa Común

El lema "*TESTIGOS DEL REDENTOR: Solidarios para la Misión en un mundo herido*" ha venido inspirando la vida apostólica de los redentoristas durante el presente sexenio. Es evidente que dentro de la categoría "mundo herido" está contenida la realidad de este planeta, nuestra Casa Común (Francisco), como un organismo viviente complejo que está siendo afectado gravemente y de forma directa por la actividad humana.

En el tiempo actual los redentoristas vamos siendo cada vez más conscientes de desafíos pastorales emergentes como el de las amenazas ambientales. Es así como, desde el último Capítulo General se ha asumido el reto de vivir en solidaridad con los más desfavorecidos, entre los que podemos contar nuestro mundo, herido por los comportamientos abusivos e irresponsables de los seres humanos.

La crisis ambiental es una realidad que viene siendo afirmada no solo por los reportes científicos o las noticias diarias, sino también con nuestra propia vivencia personal; cada uno de nosotros de una manera u otra, directa o indirectamente, en mayor o menor grado, hemos experimentado los rigores y consecuencias del cambio climático que se produce por el calentamiento global, el cual, a su vez es causado por el efecto invernadero. En el primer eslabón de esta cadena de eventos está la actividad humana que, desde la revolución industrial y en su afán de producción, ha venido consolidando prácticas autodestructivas de consumo y de uso de los recursos naturales.

Un número significativo de expertos en este campo coincide en aceptar que el cambio climático se seguirá agravando a menos que se tomen las medidas necesarias. En el 2018 el informe del Panel Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) [1] llegó a la conclusión de que, para minimizar las graves amenazas del cambio climático, el aumento de las temperaturas se debía limitar a 1.5 °C y mantener por debajo de 2 °C. Algunos estudiosos del tema han señalado incluso que tenemos hasta el 2030 para corregir las emisiones de gases con efecto invernadero antes de llegar a un punto de no retorno. A pesar de las evidencias científicas, las estadísticas y los mismos desastres naturales, muchos gobiernos, instituciones e individuos del público en general parecieran no darles a estos hechos la relevancia que se merecen. Mientras tanto, el incremento global de la temperatura sigue teniendo consecuencias desastrosas como el derretimiento de las masas de hielo de los polos que, a su vez incrementan los niveles del agua; y, además debido al incremento de la aparición de fenómenos naturales cada vez más violentos como huracanes y tifones, tornados, sequias, fuegos forestales, desbordamientos de ríos y lagos, y la destrucción de los recursos, especialmente de los países en desarrollo, siguen siendo los más pobres y desprotegidos quienes sufren las peores consecuencias.

[1] Ver http://www.ipcc.ch/home_languages_main_spanish.htm

Juzguemos

"Sabemos que hasta hoy toda creación está gimiendo y sufre dolores de parto" (Rm 8, 22), dice San Pablo. Y gime porque, entregada al hombre, ha caído presa del pecado; gime por su sanación porque está herida. El egoísmo del ser humano está transformando aquello que desde el principio era bueno (Gn 1, 28) en una "pila de escombros, desiertos y basura" (Papa Francisco), sigue escribiendo su anti-génesis y lastimando muchas de las formas de vida, incluyendo la de los más desprotegidos de la propia especie humana. Estamos quedando bajo el sometimiento de una paradoja: "¿Cómo es posible que, en el mismo momento de la historia del mundo en que los recursos económicos y tecnológicos disponibles nos permitirían cuidar suficientemente de la casa común y de la familia humana —honrando así a Dios que nos los ha confiado—, sean precisamente estos recursos económicos y tecnológicos los que provoquen nuestras divisiones más agresivas y nuestras peores pesadillas?"[2] El clamor de la tierra y el clamor de los pobres se combinan así en una sola voz que hunde sus raíces en el las mismas causales.

La destrucción, el sufrimiento y las heridas causadas a nuestro planeta tierra, y nuestra incapacidad de actuar para sanarlas, nos afecta no solo a nosotros mismo, sino también a las generaciones futuras. El ser humano se comporta como si fuera propietario de las demás formas de vida, privándose a sí mismo de vivir la belleza de una vida compartida dentro de la Casa Común. Debemos convencernos de que no somos el centro del universo y que lo que hagamos a este mundo lo hacemos también a nosotros mismos, ya que todos somos parte de este único organismo vivo que llamamos Tierra. Por eso estamos llamados a relacionarnos con la naturaleza como con aquel don que se nos entrega para cuidarlo, y no para explotarlo o destruirlo.

Según el Papa Francisco en su encíclica *Laudato Si*, los relatos bíblicos de la creación señalan que "la existencia humana se basa en tres relaciones fundamentales estrechamente conectadas: la relación con Dios, con el prójimo y con la tierra" (66). Cuando estas tres relaciones se resquebrajan a causa del pecado, se genera un antropocentrismo equivocado que pierde de vista el sentido de unidad con toda la creación, convirtiéndola en presa fácil de la ambición de unos pocos que tienen acceso al poder económico y tecnológico, los más poderosos.

Lo cierto es que todas las criaturas, todas las formas de vida estamos conectados y por tanto nos necesitamos unos a otros (Cf. LS 42). Y si todo está conectado, entonces el clamor de la tierra, como el clamor de los pobres, encuentra también su camino liberador en el mensaje de Cristo Redentor. Si todo está conectado, el destino de los pobres está ligado al destino de este planeta. Y es aquí donde se hace necesario entonces, articular dentro de nuestro ministerio pastoral como redentoristas las realidades ambientales de hoy. La Copiosa Redención de Jesucristo es también ofrecida a nuestra Casa Común.

Actuemos

El llamado del Papa Francisco que ha sido acogido por el Capítulo General, es a tomar medidas urgentes contra la crisis ecológica y así proteger los pobres y las generaciones futuras. El sentido de justicia nos lleva a preguntarnos sobre las responsabilidades individuales, institucionales y de forma clara a cuestionar la responsabilidad de los países industrializados. El Capítulo General, igualmente, nos hacía la invitación a

[2] Carta del Santo Padre Francisco al presidente de la Pontificia Academia para la Vida con motivo del XXV aniversario de su institución, 15.01.2019, n. 3.

"*desarrollar una mayor toma de conciencia del medio ambiente… a promover actividades de desarrollo ecológico y celebraciones litúrgicas en nuestras diversas obras apostólicas*." (Cfr. Decisión 12).

A nivel global, el Acuerdo de París, firmado por 195 países, marcó un hito en los esfuerzos significativos que se hayan hecho para enfrentar y corregir las consecuencias del cambio climático. No obstante, de acuerdo a varios estudios publicados en la revista *Nature*, hasta el 2017 ninguna de las principales naciones industrializadas había implementado estas políticas como en principio fueron diseñadas, dado que el acuerdo como tal no era jurídicamente vinculante. La Cumbre COP24 de 2018 que buscaba sentar las bases para activar el Acuerdo de París no parece tampoco estar dando los frutos esperados. El panorama puede ser un poco gris, pero no por esto se desvanece el sentido de urgencia para actuar prontamente antes de que sea demasiado tarde.

Es claro que de parte de las naciones industrializadas en estos momentos están primando los intereses por el crecimiento económico y parece que ninguna está dispuesto a retomar la dirección correcta en el cuidado de la Casa Común. Los combustibles fósiles generan actualmente el 80 por ciento de la energía en el mundo y para evitar pasar el umbral de 1.5 °C, se debería reducir a cero el consumo de combustibles fósiles dentro de los próximos treinta o cuarenta años. Se calcula que el solo proceso de cambio a energía renovable (limpia) para evitar los daños catastróficos del cambio climático, costaría de aquí al 2035, 2.4 billones de dólares anuales (Cfr. IPCC). Ningún país parece estar listo a asumir esta carga.

En nuestra búsqueda de acciones concretas podemos sentir que, Como Iglesia, Congregación o individuos está fuera de nuestra capacidad la implantación acuerdos como el de París; esta es una tarea que le corresponde a los gobiernos. Y, si bien estamos llamados a una conversión global podemos empezar por un cambio personal, revisando quizá la forma en que consumimos y nos relacionamos con la Tierra. Lo que podamos hacer a nivel individual, en nuestras comunidades locales y nuestras comunidades cristianas, cuenta. Se trata de aceptar el llamado que el Capítulo General hizo a los Redentoristas a vivir y construir la solidaridad con nuestro mundo herido.

Necesitamos re-imaginar nuestra narrativa sobre la redención y nuestra labor misionera para que favorezca la formación de una conciencia ambiental que contribuya a revertir fenómenos como el calentamiento global, la grave contaminación de nuestro planeta y la destrucción de sus ecosistemas. Nuestro ministerio pastoral y nuestra tradición teológico-moral constituyen escenarios idóneos para ello; nuestra fe nos dice que Cristo Redentor es el Señor de la Vida que está al centro de toda la creación. Esta fe es la fuente de una nueva mística que nos debe llevar hoy a establecer relaciones mutuamente enriquecedoras con las demás formas de vida existentes en éste único planeta en el que todos vivimos, nuestra Casa Común.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- La tierra no la hemos heredado de nuestros padres como una propiedad que por derecho nos pertenece, la hemos tomado prestada de las generaciones futuras. "¿Qué tipo de mundo deseamos transmitir a aquellos que vendrán después de nosotros, a los niños que están creciendo?" (*Laudato Si*, 160).
- De qué manera mis hábitos de consumo y estilo de vida, personales o comunitarios, contribuyen a los problemas o las soluciones medioambientales en nuestra Casa Común.
- ¿Cuál es la relevancia de los temas ambientales dentro de mi vida apostólica y mi formación permanente? ¿De qué manera están integrados en mi espiritualidad redentorista?